

EN DEFENSA DE JACINTA: A PROPÓSITO DEL PROTAGONISMO DE LA HEROÍNA GALDOSIANA

Resumen

A lo largo de los años, la mayoría de los críticos del corpus literario galdosiano, con excepción de estudiosos como Harriet Turner, han tendido a minimizar e, incluso, pasar por alto el rol coprotagonístico de Jacinta, la esposa de Juanito Santa Cruz y rival en amores de Fortunata, en la novela Fortunata y Jacinta. En este estudio, se pretende poner de manifiesto esta tendencia, así como refutarla, a favor de la importancia de dicho personaje galdosiano. Se propone que, en esta novela, ambas mujeres son las protagonistas y que, de hecho, poseen una función complementaria. Fortunata no sería Fortunata sin Jacinta y viceversa. En otras palabras, en esta historia, ambas mujeres son las dos caras de la misma moneda.

Palabras clave: protagonismo, personaje, contraste, caracterización, rol

Abstract

Throughout the years, the majority of critics of the Galdosian literary corpus, with the exception of scholars such as Harriet Turner, have chosen to minimize and even ignore the co-protagonistic role of Jacinta, Juanito Santa Cruz's wife and Fortunata's love rival, in the novel Fortunata y Jacinta. This study pretends to expose this tendency, as well as to refute it in favor of the aforementioned Galdosian character. The proposition is that in this novel, both women are protagonists and do in fact complement each other. Fortunata could not be Fortunata without Jacinta and vice versa. In other words, these two women represent both sides of the coin in this story.

Keywords: protagonism, character, contrast, characterization, role

"Jacinta, placentera,
estando el sol a la mitad del día,
cual Julieta a Romeo
le decía a su esposo: —¡Espera, espera;
que no llega la aurora todavía!—"

Camposamor

A Merce López-Baralt,
por una pasión compartida

Jacinta Arnaiz, la esposa de Juanito Santa Cruz, es un personaje complejo que al igual que su rival en amores, pasa por un interesante proceso de cambio y transformación que llegará a su punto culminante con su reconciliación con Fortunata, su aceptación del hijo de ésta y su divorcio espiritual del Delfín. Las coordenadas sociales, históricas y personales de Jacinta, radicalmente opuestas

a las de Fortunata, son circunstancias determinantes para su desenvolvimiento a través de toda la novela. Justamente, dichas circunstancias son las responsables de que el personaje de Jacinta produzca la falsa impresión de tener menos profundidad o complejidad que el de Fortunata, que palidezca ante ésta. Nada más lejos de la verdad, especialmente porque Fortunata no sería Fortunata sin Jacinta y viceversa: es decir, que ambas mujeres representan las dos caras de una misma moneda. Por lo tanto, este estudio se propone revalorar la figura de Jacinta como coprotagonista de la principal novela galdosiana en sus propios términos.

Comenzaremos examinando el estado de la cuestión de la crítica en torno al personaje, para luego aportar nuestra interpretación de su merecido protagonismo en la novela. Sorpresivamente, con excepción de tres estudios publicados por Harriet Turner, Mercedes López-Baralt¹ y James Whiston, sólo una persona se había ocupado de otorgarle a la esposa de Juanito el lugar que le corresponde por derecho propio: Benito Pérez Galdós.² Es conocido el perfeccionismo y la meticulosidad de este autor, que se manifestó en las constantes revisiones de su obra, por lo cual, resulta poco creíble que el título fuera seleccionado a la ligera. Si la intención de Galdós era poner de relieve el protagonismo absoluto de Fortunata, como algunos críticos parecen pensar, ¿acaso no habría podido titular la novela *Fortunata*, *Las aventuras de Fortunata*, *La pasión según Fortunata* o de algún otro modo menos peregrino? Esta opción no hubiera sido desacertada, ya que muchas de sus novelas llevan el nombre de su personaje central: *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Marianela*, *Tristana*, *Tormento*, y otros de manera oblicua: *La de Bringas*, *La desheredada*. No, si el autor canario quiso titular su novela *Fortunata y Jacinta* es porque ambas son sus protagonistas. Interesantemente, el crítico literario James Whiston, en su artículo "*Jacinta y Fortunata*, an Early Title for Galdós's Masterpiece"³ ha advertido que en la versión *Alpha* del texto en cuestión, aparece la novela titulada *Jacinta y Fortunata* o *JF* en varias ocasiones en letra del propio autor, lo que le sugiere la posibilidad de que éste considerara darle dicho título (285). La crítica galdosiana ha subestimado la importancia del personaje de Jacinta, posiblemente, en su afán por realzar la indiscutible estatura literaria de Fortunata.

En primer lugar, Alfred Rodríguez, en su artículo "*La Jacinta de Galdós y la gestación de Fortunata y Jacinta*",⁴ presenta una interesantísima teoría

¹ Mercedes López-Baralt, en *La gestación de Fortunata y Jacinta. Galdós y la novela como reescritura*. Río Piedras, Huracán, 1992, lamenta que la crítica haya ignorado a Jacinta: "la densidad que habrá de lograr en la segunda versión y que la crítica apenas ha reconocido", aparte de Harriet Turner (59).

² En la serie televisiva, *Fortunata y Jacinta* (1980), Mario Camus, (director) realiza notablemente el personaje de Jacinta, dotándolo de ricos matices desde su primera aparición en escena. No sucede lo mismo con Fortunata.

³ James Whiston, "Jacinta y Fortunata, an Early Title for Galdós's Masterpiece", *Anales Galdosianos*, 36 (2007), 285-298.

⁴ Alfred Rodríguez, "La Jacinta de Galdós y la gestación de Fortunata y Jacinta", *Iris*, 1 (1988), 107-112.

que pretende explicar la selección del nombre Jacinta para llamar a una de las protagonistas de la novela. Como todos sabemos, la nomenclatura galdosiana posee una dimensión simbólica que los lectores deben tomar en cuenta, ya que puede estar estrechamente relacionada con el contenido simbólico, semántico o histórico-literario del texto. En el caso de *Fortunata*, posee un evidente valor semántico, pero, en el de *Jacinta*, la filiación no es tan clara a simple vista porque este nombre no parece encontrarse relacionado con ninguna identificación caracterizante. Sin embargo, Rodríguez ha encontrado que para la época de la redacción de las novelas galdosianas circulaban en España los poemas de Campoamor, que eran muy populares entre los lectores de la clase burguesa. Un poema en particular, "Dulces cadenas", parece tener importantes vínculos con la novela galdosiana en lo que respecta al nombre de su protagonista: Jacinta. En el poema, Jacinta es el nombre de una joven esposa 'desamada' que, tras casarse llena de ilusiones, pierde en poco tiempo el amor al que aspiraba. Aunque el asunto del poema y el de la novela no son exactamente iguales resulta evidente la filiación emblemática del nombre Jacinta, atado de forma particular a la desilusión matrimonial. Para poder tener una visión más precisa de las similitudes entre ambas obras literarias conviene citar el poema:

Ya estaba el sol muy alto, y aún dormía,
y tras un sueño largo y retardado
sin más cuidado ya que aquel cuidado,
como sin duda eternizar quería
la inocente ilusión de su deseo,
Jacinta, placentera,
estando el sol a la mitad del día,
cual Julieta a Romeo
le decía a su esposo: -¡Espera, espera;
que no llega la aurora todavía!

La heroína feliz de nuestra historia
miró al fin por la luz desvanecida
esa noche que deja en la memoria
el recuerdo más grande de la vida.
De su lecho nupcial se alza ligera,
y con un aire entre terrestre y santo,
muestra en su cara el religioso espanto
de la casada de hoy y ayer soltera.
Se echó con un pudor algo tardío
un traje negligente de mañana,
corrió a abrir las vidrieras, y ¡ay, Dios mío!
al canario encontró muerto de frío
metido en el rincón de la ventana. (109)

Entre el poema y la novela existen interesantes coincidencias como, por ejemplo, el énfasis en poner de manifiesto los inicios sexuales del matrimonio, así como la pronta desilusión de la joven esposa. La primera amargura de Jacinta en

la novela es escuchar de labios de su esposo su vergonzoso trato a Fortunata mientras que, en el caso del poema, es la muerte del canario debido al olvido de su dueña. Este poema da la impresión de ser un brevísimo y sencillo esquema simbólico que Galdós desarrollaría con posterioridad en su máxima novela. Si se hila aún más fino, la muerte del canario no sólo representa el posterior abandono al que será sometida la infeliz esposa en el poema y en la novela, sino también, en el caso de esta última, la muerte de su rival, ligada a través de todo el texto con el simbolismo ornitológico.⁵ La muerte del canario presagia, de cierta manera, la muerte de Fortunata. El artículo de Rodríguez resulta muy iluminador no sólo por presentar una posible hipótesis del origen simbólico del nombre de Jacinta en la novela, que no ha estado claro hasta el momento, y su vínculo con la desilusión matrimonial, sino que también abre nuevas vías de análisis, ya que si este poema representa un esquema breve de una de las perspectivas que se presentan en la obra galdosiana, el nombre de Jacinta queda además ligado al rasgo de la compasión.

El citado artículo de Whiston, así como el texto "La gestación de *Fortunata y Jacinta*" de Mercedes López-Baralt ofrecen datos importantes acerca de los principales rasgos que caracterizan a Jacinta en la versión *Alpha* de la novela. Dichos rasgos permiten acceder a la forma en que el autor concibió inicialmente a este personaje y su paulatina transformación que culminó en el texto publicado. Whiston advierte que en la versión *Alpha* se presenta al personaje de Jacinta de manera que evidenciaba su importancia en el entramado de la novela: "Ah! Jacinta estaba llamada a grandes destinos y a desempeñar un gran papel, si no en el mundo real, en este simulacro de la realidad que estoy haciendo, por lo cual debemos saludar su aparición en estas páginas aunque no sea sino con una inclinación de cabeza" (A76-A77). A pesar de que el autor eliminó este pasaje, posiblemente por motivos estilísticos, lo cierto es que es una prueba de su interés en desarrollar este personaje. Sin embargo, como se puede inferir del mismo, la mejor actuación de Jacinta se dará en su interior, en el mundo de las ideas y la imaginación, en contraste con Fortunata, quien se encuentra inmersa en la realidad.

López-Baralt, por su parte, advierte que la Jacinta de la versión *Alpha* posee un aspecto muy sensual, a diferencia de su apariencia en la versión final, donde se le describe como una mujer de aspecto bastante corriente:

Jacinta era de estatura mediana, tipo finísimo, notable el rostro por el color y la transparencia porcelanésca así como por la nobleza de sus facciones. La esbeltez de su talle era más apreciable cuando se comparaba lo delicado de la cintura con el bulto que hacían otras partes de su cuerpo. Un estético la habría creído mal compartida de carnes y un malicioso habría sospechado que aumentaba algunas partes de su cuerpo

⁵ Este símbolo ha sido explorado por estudiosos como Vernon Chamberlin, "Aristophanes' *The Birds* and the Ornithological Tour de Force in *Fortunata y Jacinta*", *Hispanic Review* 55 (1987), 165-180.

con aplicaciones artificiales. ¡Error tremendo! En Jacinta todo era verdad, y todo resultaba bien, aún lo que parecía un poquillo desproporcionado. (A126-127)

Incluso, el narrador llega a decir que "si Jacinta hubiera querido, aunque sólo fuese por coquetería, dejarse hacer el amor, habría tenido medio Madrid a sus plantas" (A689). Según López-Baralt, la marcada sensualidad de Jacinta en *Alpha* se sustituyó por una descripción bastante sosa, concentrada principalmente en sus dotes morales y sociales, por dos razones principales: establecer un claro contraste con la hermosa y sensual Fortunata, y presentar a Jacinta como un ser asexual. Sin embargo, la seductora Jacinta de *Alpha* sólo tenía sueños de frustración maternal, mientras que la de apariencia 'bobalicona' los tenía de insatisfacción sexual lo que, en opinión de la estudiosa, la dota de una mayor sensualidad (62). Si bien se pueden advertir otras transformaciones en Jacinta de una versión a otra de la novela, éstas son las más representativas de las intenciones del autor con respecto a este personaje. Estos cambios contribuyeron a darle una mayor profundidad a la joven esposa y a reforzar sus aparentes marcadas diferencias con su rival, es decir, a elaborar con mayor precisión la noción del doble, que se analizará en este estudio.

Considerar que Fortunata y Jacinta simbolizan meramente la oposición dialéctica entre dos clases sociales enfrentadas, el pueblo y la burguesía, resultaría hacerle un flaco favor a la impresionante profundidad de la narrativa galdosiana. Como hijo de Cervantes, el autor canario, amante de la ambigüedad y del perspectivismo, va mucho más allá y presenta la historia de dos mujeres que, pese a ciertas diferencias discutibles, representan, a fin de cuentas, la complejidad de la psique y el mundo femenino. En otras palabras, Fortunata y Jacinta, son una sola en realidad. Mencionar los rasgos principales que caracterizan a Fortunata resulta excusable si se toma en cuenta la amplia bibliografía al respecto, por lo que parece conveniente hacer lo propio con la menos estudiada Jacinta, para tener una visión más clara de sus similitudes y aparentes diferencias.

Desde el punto de vista de la apariencia física, Jacinta carece de la exuberante belleza de su rival. Sin embargo, un hombre de mundo, como Manuel Moreno-Isla, reconoce que el encanto de Jacinta rebasa los límites del mero atractivo físico, es decir que la esposa de Juanito posee lo que se conoce como *sex appeal*: "Y dime otra cosa, idiota, ¿qué tiene esa mona para que de este modo te hayas embrutecido por ella? Otras son más guapas, otras tienen más ingenio, otras hay más elegantes; y, sin embargo, es el número uno, el número único".⁶ Jacinta, a pesar de ser una joven sencilla y poco llamativa, posee cierto encanto que no pasa inadvertido para un hombre que en su juventud fue todo

⁶ A lo largo de este ensayo, citamos *Fortunata y Jacinta* por la edición crítica de Caudet. En este caso, aludimos a la página 343 del volumen 2. Pérez Galdós, Benito. *Fortunata y Jacinta*. Ed. Francisco Caudet. Sexta Edición. Madrid, Cátedra, 2000.

un don Juan. Da la impresión de que Galdós nos hace un guiño de ojo como queriendo decir: "la Jacinta también tiene lo suyo".

En cuanto al carácter y a la personalidad, Jacinta es una mujer noble y compasiva que, como señala López-Baralt (105), llega al límite de compadecerse de la desgracia de su rival: "La esposa dio un gran suspiro. No sabía por qué; pero tenía sobre su alma cierta pesadumbre, y en su rectitud tomaba para sí parte de la responsabilidad de su marido en aquella falta; porque falta había sin duda" (vol. 1, 234). Indudablemente, este pasaje tan temprano en la novela le confiere a Jacinta la estatura literaria que la equiparará con Fortunata: su capacidad para dolerse del mal ajeno y llegar a sentirse responsable de la desgracia, no de cualquier persona, sino de su propia rival en amores, para los efectos, su peor enemiga. Jacinta lamenta sinceramente el abandono al que Juanito sometió a Fortunata, actitud hermosa y noble que la engrandece. Por otro lado, si bien Jacinta amaba con pasión a su marido, también era capaz de ver con suma claridad sus debilidades y defectos, como bien ha sabido apreciar López-Baralt: "Respecto a las perfecciones morales que toda la familia declaraba en Juan, Jacinta tenía sus dudas. Vaya si las tenía" (vol. 1, 289). Sin duda, la joven, aunque enamorada, no estaba ciega ante las imperfecciones de su marido y meditaba sobre ellas a menudo. Incluso, se puede argumentar que, aunque parecería que Fortunata debería tener más conocimientos de la vida debido a su 'experiencia', ante Juanito luce más ingenua que su rival, quien apenas salía de su casa.

Jacinta, sin ser analfabeta, poseía una educación bastante precaria: "Era completamente ignorante en cuestiones de geografía artística" (vol. 1, 216). Sin embargo, durante el viaje de bodas, se puede observar en ella una profunda sensibilidad ante la belleza: "apreciaba la poesía de aquella región costera mediterránea que se desarrolló ante sus ojos al ir de Barcelona a Valencia" (vol. 1, 216). Por otro lado, Jacinta posee inquietudes de justicia social que, como argumenta López-Baralt (105), deja pálida a la 'santa' Guillermina Pacheco: "No puedes figurarte —decía a su marido, al salir de un taller—, cuánta lástima me dan esas infelices muchachas que están aquí ganando un triste jornal, con el cual no sacan ni para vestirse. No tienen educación, son como máquinas [...]" (vol. 1, 214). Este rasgo resulta importante en una mujer criada en el seno de una sociedad burguesa y, aparentemente, en su caso, con poco acceso a los libros y a círculos donde se ventilaban ideas de avanzada en este sentido. Además, no se puede ignorar que, en esta escena, Galdós se vale de Jacinta, a manera de portavoz, para denunciar la situación precaria de estas obreras. Sin embargo, la joven no las tiene todas consigo: es una mujer silenciada y atada a los prejuicios de la clase social a la que pertenece, pues, si bien la situación social y económica de Fortunata es lamentable, dentro de su pobreza y desamparo se encuentran resquicios de libertad de los que su rival carece a pesar de la opulencia en que vive.

Nadie mejor que la investigadora Harriet Turner para ahondar en las complejidades psicológicas y morales del personaje de Jacinta, a quien le ha dedicado

interesantes estudios. Sin duda, Turner es la primera y más fiel defensora de la importancia de la joven esposa ante la crítica galdosiana, especialmente en su antes mencionado artículo "Family Ties and Tyrannies: A Reassessment of Jacinta" (1983).⁷ En este estudio, la investigadora se dedica a reconsiderar el personaje de Jacinta a la luz de las complejas ataduras familiares y sociales que la confinan a un espacio solitario y silencioso. Para Turner, ante estas tristes circunstancias relacionadas con su origen, su situación social y económica, su matrimonio arreglado y fallido y su supuesta infertilidad, Jacinta sólo alcanza a vivir la vida que desea y merece en su imaginación. A diferencia de Fortunata, Jacinta sencillamente no tiene opción: "here is a small, modest leaf quickening amid the burgeoning foliage of the great family tree, a person strictly conditioned to serve certain ends" (5). Algunos lectores de la novela, que consideran a Jacinta como un personaje 'pasivo', parecen pasar por alto que se trata de una mujer burguesa del siglo XIX, criada sobre unos criterios sociales muy rigurosos. Una Jacinta, rebelde y subversiva, hubiera rebasado los límites de la caracterización realista galdosiana.

Aunque Jacinta disfruta de las comodidades y la preeminencia de los Santa Cruz, en realidad, ella es sólo una princesa consorte supeditada a la voluntad de su esposo y sus suegros. Entre las siete hijas de don Gumersindo y doña Isabel, es quien, gracias a los esfuerzos de su madre, logra hacer un matrimonio ventajoso desde el punto de vista económico. Ya Galdós, a través del narrador, se había encargado de presentar los antecedentes de su familia, prácticamente sumida en la miseria, en especial, debido a la impresionante fertilidad de doña Isabel. La esposa de Juanito y su familia representan en la novela la precaria situación en que se encontraban las mujeres de la época, que debían 'colocarse' como una especie de mercancía y 'venderse' al mejor postor, un marido que fuera capaz de mantenerlas. Sin ir más lejos, resulta evidente que doña Isabel le vende su hija a su cuñada Barbarita para el 'consumo' del Delfín: "Ahora le voy a poner a mi pollo una calza para que no se me escape más" (vol. 1, 192). El propio Juanito tiene muy poco qué decir con respecto a su matrimonio, ya que se somete a la voluntad de su madre. Por lo tanto, como bien afirma Turner, es Barbarita la que diseña el rol de esposa que debe representar su sobrina, quien desde un principio se convierte en un ser silenciado: "En la casa no había más opinión que la suya (refiriéndose a Juanito); era el oráculo de la familia y les cautivaba a todos...*La más subyugada* era Jacinta, quien *no se hubiera atrevido* a sostener delante de la familia que lo blanco es blanco, si su querido esposo sostenía que es negro (énfasis mío)" (vol. 1, 289). Sin embargo, cabe destacar que, al menos interiormente, Jacinta tenía arranques de ira en los que increpaba a sus propios suegros: "Decía su mamá que era el marido modelo. ¡Valiente pillito! Y la esposa no podía contestar a su suegra cuando le venía con aquellas

⁷ Harriet Turner, "Family Ties and Tyrannies: A Reassessment of Jacinta", *Hispanic Review*, 51.1 (1983), 1-22.

historias... Con qué cara le diría: "Pues no hay tal modelo, no señora, no hay tal modelo, y cuando yo lo digo, bien sabido me lo tendré" (vol. 1, 283).

En términos domésticos, Jacinta tampoco tenía nada que decir. Los jóvenes esposos viven con sus suegros y dependen económicamente de éstos. Cada mes, don Baldomero aporta el dinero necesario para el mantenimiento de la casa, así como una mesada para su desocupado hijo. Barbarita controla hasta el último centavo del dinero destinado a los gastos del hogar y realiza las compras personalmente. Jacinta no recibe parte del dinero ni opina nada en cuanto a su distribución. Es decir que, la joven, a pesar de vivir holgadamente, no posee ni maneja ni un solo centavo. Si ni siquiera puede salir sola a la calle, sería absurdo pretender que tomara decisiones radicales. De hacerlo, ella estaría totalmente fuera de caracterización.

Tras estos ejemplos de la total dependencia de Jacinta a su marido y su familia, Turner esboza una hipótesis interesante respecto a un posible doble incesto del que forman parte Juanito, Barbarita, quien lleva a cabo el rol de esposa, y Jacinta, quien hace las veces de madre. Mientras la suegra, como una esposa, interfiere en las más mínimas decisiones con respecto al hijo, Jacinta se dedica a mimarlo, complacerlo y tratarlo como a un niño, comportamiento que aprendió, a su vez, de su suegra. Si se estudia con detenimiento la relación entre los jóvenes esposos se puede llegar a afirmar que, aunque Juanito es un ser despreciable, no es absolutamente responsable de su fracaso matrimonial. Resulta comprensible que haberse casado con una joven a quien quería como una hermana provocara ciertos conflictos en el joven de los que no se puede recuperar: "El, que tan atrevido era lejos del hogar paterno, sentíase acobardado delante de aquella flor criada en su propia casa, y tenía por imposible que las cunitas de ambos, reunidas, se convirtieran en tálamo" (vol. 1, 194). Como señala también acertadamente López-Baralt, por más que Juanito sintiera verdadero afecto por Jacinta, éste no pasaría de ser fraternal (134). De hecho, nos atrevemos a argumentar que, aunque Juanito demuestra ser incapaz de sentir verdadero afecto por alguien que no sea él mismo, parece sentir algo parecido a la 'ternura' por su esposa, pero por nadie más (porque a Fortunata, aunque se sienta atraído hacia ella, no la ama). Esta situación se puede observar no sólo en el viaje de bodas sino en las escenas de su vida íntima, donde ni siquiera duermen en la misma cama. Los pocos acercamientos sexuales entre ambos suelen terminar en escenas infantiles: "Pasó un rato y Juan, despabilándose y fingiendo el lloriqueo de un tierno infante en edad de lactancia, chilló así: —Mamá..., mamá... —¿Qué? —Teta (vol. 1, 389)". Incluso, a través de las palabras del propio Juanito, el lector se percata de la falta de intimidad sexual en la pareja: "La luna de miel perpetua es un contrasentido, es... hasta ridícula. El entusiasmo es un estado infantil impropio de personas formales. El marido piensa en sus negocios; la mujer en las cosas de su casa, y uno y otro se tratan más como amigos que como amantes" (vol. 1, 283-284). Como bien ha percibido López-Baralt (134), la aparente perfección de su relación matrimonial se

desdice en la intimidad de la habitación: "...trataba a su mujer con un cariño tal que, ...vamos, se le tomaría por enamorado. Sólo allí, de aquella puerta para adentro, se descubrían las trastadas" (vol. 1, 282). De hecho, ya en sólo dos años de matrimonio, el Delfín le había sido infiel a su esposa en varias ocasiones, aun antes de que Fortunata reapareciera en su vida.

Turner considera que toda esta serie de circunstancias que rodean el matrimonio entre Juanito y Jacinta resulten en la esterilidad del joven con respecto a su esposa: "In differing ways evidence points to the same case argued *re* García Lorca's play: with respect to his wife, Juan is *yermo*" (17). Aunque para todos, la imposibilidad de concebir un heredero para la familia es responsabilidad de Jacinta, a quien hostigan constantemente al respecto "¡Hija de mi alma! Es una gran desgracia para todos que tú no nos des algo" (vol. 1, 424), a la investigadora le parece que el comportamiento distante, artificial, añinado y falto de sensualidad de Juanito es el verdadero responsable de la falta de hijos en la pareja. El joven aventurero y enamorado le hace el amor muy pocas veces a su esposa (sólo con el fin de concebir) por lo que la insatisfacción sexual de ésta se hace evidente a pesar del llamado 'pudor galdosiano':

- Arréglame esta almohada.
 —¿Así?
 —No, más alta.
 —¿Está bien?
 —No, más bajita...más arribita...ahí...fuerte...¡Ay, niña de mi vida, eres la gloria eterna!...¡Qué dicha la mía en poseerte!
 —Cuando estás malo es cuando me dices esas cosas...Ya me las pagarás todas juntas.
 —Sí, soy un pillo...Pégame.
 —Toma, toma.
 —Cómeme...
 —Sí, que te como, y te arranco un bocado...
 —¡Ay! ¡ay! No tanto, caramba. ¡Si alguien nos viera!...
 —Creería que nos habíamos vuelto tontos rematados— observó Jacinta riéndose con cierta melancolía. (vol. 1, 313)

Esta escena es un excelente ejemplo de la frustración que agobia a Jacinta ante la frialdad de su marido, quien sacia sus apetitos carnales con mujeres como Fortunata, teniendo una esposa ávida de intimidad sexual. Jacinta no sólo carece de voz y voto en su propia casa, ya que su suegra lleva a cabo el rol de esposa de su hijo, sino también, en la cama, su lugar ha sido usurpado por su amante. Incluso, el propio Juanito desdeña la idea de que su esposa se convierta en madre por miedo a perder su protección y su cariño: "Querría a mi hijo más que a mí y más que al mundo entero" (vol. 1, 695). En estas lamentables circunstancias, Jacinta jamás podría ser madre. De hecho, el experimentado en lindes amorosas, Manuel Moreno-Isla, comparte esta hipótesis de que el problema real de la joven es su marido: "el amor que tiene a su marido es como echar

rosas a un burro para que las coma" (vol. 2, 346), "amar a un marido como el que tiene es contrario a la Naturaleza" (vol. 2, 362).

Turner considera que una prueba fehaciente de la frustración sexual de Jacinta se revela en sus sueños y, por lo tanto, lleva a cabo un análisis muy interesante de éstos, que resumiremos enseguida. El sueño ocurre bajo un ambiente de represión y hasta de desesperación: Jacinta se encuentra en el teatro acompañada de sus hermanas casaderas, preocupada por la ausencia de su marido y aburrida de un espectáculo que ni le interesa ni comprende. Sueña que está en su casa, pero que no es su casa (su matrimonio, su hogar, no son lo que parecen). Luego, aparecen elementos de carácter erótico: el satén blanco que lo forra todo, su bata de seda azul gendarme y el *puff* donde está sentada, que recuerdan la insistencia de Juanito en que Fortunata se vistiera de esa forma en imitación de Sofía la *Ferrolana*. La joven tiene en sus brazos a un bebé lindísimo que le acaricia la cara y luego le mete la mano en el pecho. El niño (que, a veces, se le llama 'muchacho') insiste en tocarle los senos por lo que comienza a quitarle los botones, uno a uno. Ante la resistencia de Jacinta, el niño le da cabezadas y se pone muy serio, con la 'seriedad de un hombre': "la miraba con sus ojazos vivos y húmedos, expresando con ellos y en la boca todo el desconsuelo que en la humanidad cabe" (vol. 1, 290). El niño-hombre la 'penetra' con la mirada: "le clavaba su inflamado mirar" (vol. 1, 291) y Jacinta tiene una especie de orgasmo: "se le desgajaba algo en sus entrañas" (vol. 1, 291). Los botones de su bata revientan poco a poco ante la insistencia del niño-hombre. Cuando Jacinta se decide finalmente a darle el seno descubre que el niño se ha tornado en una figura de yeso, áspera, polvosa y fría. Ante este contacto, sufre un estremecimiento que la hace despertar para darse cuenta, entre otras cosas, de que el asiento de su marido sigue vacío. Turner entiende que, en sueños, es donde la frustración sexual de Jacinta puede manifestarse libremente: ama con pasión a su marido, pero éste, tras pocas muestras de interés sexual (infantilizado) en ella, sacia sus apetitos con otra mujer ante la mirada de todo Madrid. Jacinta es, por lo tanto, una mujer silenciada, humillada y frustrada sexualmente.

Por su parte, López-Baralt, considerando seriamente la hipótesis de Turner, en "La gestación de *Fortunata y Jacinta*" se ocupa de analizar los sueños de Jacinta desde el punto de vista freudiano y su evolución de *Alpha* a *Beta* y de *Beta* al texto publicado. Los sueños de Jacinta sufrieron pocas alteraciones de una versión a otra. Sin embargo, los detalles de naturaleza erótica añadidos cambian radicalmente el sentido de los sueños: la bata de seda, la mirada inflamada del niño, el desgajo de las entrañas, así como algunas expresiones: 'meter mano', 'derritiendo lentamente la entereza de ella', 'con el rayo de sus ojos' y otros.⁸ Para López-Baralt, los sueños representan la frustración erótica

⁸ En esta enumeración, cabe añadir la frase "Jacinta, al fin, metió la mano en su seno, sacó lo que el muchacho deseaba, y le miró segura de que se desenojaría cuando viera una cosa tan rica y tan bonita..." (énfasis mío). Parecería que Jacinta considera atractiva su propia desnudez.

de Jacinta (quien no llega a la desfloración), además de la maternal. La interpretación freudiana de estos sueños la lleva a coincidir con la hipótesis de Turner acerca de que Juanito es el causante directo de la supuesta infertilidad de su esposa, así como de su frustración sexual, especialmente debido a la frase final de la escena: "...y Juan no parecía" (vol. 1, 292).⁹ La frustración sexual de Jacinta manifestada a través de sus sueños es un indicador del carácter edipal de su relación matrimonial.

Finalmente, López-Baralt considera que resulta muy interesante desde el punto de vista de la psicología del personaje de Jacinta que, tras recibir al niño de Fortunata, para así saciar sus deseos de maternidad, al mismo tiempo, fantasea con que éste sea hijo suyo y de Moreno-Isla:¹⁰

...Recomponía las facciones de éste, atribuyéndole las suyas propias, mezcladas y confundidas con las de un ser ideal, que bien podría tener la cara de Santa Cruz, pero cuyo corazón era seguramente el de Moreno..., aquel corazón que la adoraba y que se moría por ella... Porque bien podría Moreno haber sido su marido..., vivir todavía, no estar gastado ni enfermo, y tener la misma cara que tenía el *Delfín*, ese falso, mala persona... Y aunque no la tuviera, vamos, aunque no la tuviera... ¡Ah!, el mundo entonces sería como debe ser, y no pasarían las cosas malas que pasan... (vol. 2, 534)

De igual forma, el enamorado imagina dicha posibilidad: "¡Si me parece que le estoy viendo! Si está aquí, en los linderos de la vida, mirándome, diciéndome que le traiga, y no falta más que...traerlo! Vendría si ella quisiera. Tengo la seguridad de que vendría; es una idea que se ha clavado aquí. Y yo le digo: 'Por un niño, bien se podría dar la virtud'" (vol. 2, 343). Para la investigadora, esta especie de adulterio imaginado humaniza más a Jacinta y la equipara, de cierta manera, con Fortunata.

Sin duda, una de las pruebas más contundentes del cambio y la transformación de Jacinta a través de la novela es el enfrentamiento final con su marido tras la muerte de Fortunata. Coincido con López-Baralt en entender que, en esta escena, se reafirma la estatura literaria que Jacinta ha ido alcanzando poco a

⁹ Resulta muy sugestiva la descripción que hace el narrador de lo que ve Jacinta al despertar de su sueño de frustración sexual: "...vio a Federico Ruiz, el gran melómano, con la cabeza echada hacia atrás, la boca entreabierta, oyendo y gustando con fruición la deliciosa música... Parecía que le caía dentro de la boca un hilo del clarificado más fino y dulce que se pudiera imaginar. Estaba el hombre en un puro éxtasis" (énfasis mío) (292). ¿Acaso nos encontramos ante la culminación del sueño de Jacinta? ¿No sería que Jacinta crotizó una imagen que había visto con anterioridad sin darse cuenta? ¿No habrá podido Galdós retrotraerse de la impresión que le produjo la descripción del sueño que escribió?

¹⁰ Turner también hace referencia a este deseo no expresado verbalmente de Jacinta, especialmente en "Strategies in Narrative Point of View: On Meaning and Morality in the Galdós Novel", en *Homenaje a Antonio Sánchez-Barbudo. Ensayos sobre literatura española moderna* (1980). Por otro lado, estudiosos como Gonzalo Sobejano, "Muerte del solitario (Benito Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta* 4^a, II, 6)", en *El comentario de texto 3: La novela realista*, Ed. Andrés Amorós, Madrid, Castalia, 1979, han destacado la significación de Moreno-Isla para Jacinta.

poco y que culmina con el abrazo solidario con su rival. Para la esposa engañada es imposible separarse físicamente de su marido, pero lo destierra para siempre de su corazón: "—Haz lo que quieras. Eres libre como el aire. Tus trapisondas no me afectan nada" (vol. 2, 533). Resulta un verdadero deleite leer la descripción del enfrentamiento final entre Jacinta y Juanito, ya que frente al valor, el aplomo y la dignidad, que le daban mayor estatura a la joven, el pobre Delfín se encoje vergonzosamente: "Entonces se vio que la continuidad de los sufrimientos habían destruido en Jacinta la estimación a su marido, y la ruina de la estimación arrastró consigo parte del amor, hallándose por fin éste reducido a tan míseras proporciones, que casi no se le echaba de ver" (vol. 2, 533). Tal vez, como nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde, en ese instante, Juanito atisbó a comprender el verdadero valor de su esposa, aunque, por supuesto, demasiado tarde.¹¹

Tras este enfrentamiento, ocurre otro tal vez más importante aún: la reconciliación entre ambas mujeres. Jacinta lamenta de veras la muerte de Fortunata y se siente profundamente agradecida de que la hiciera depositaria de su valor máspreciado, su hijo. Comprende, al fin, que ambas fueron compañeras de una serie de infortunios y penas que, justamente, las hermanan: "Recordaba, sí, que la muerta fue su mayor enemiga; pero las últimas etapas de la enemistad y el caso increíble de la herencia del *Pituso*, envolvían, sin que la inteligencia pudiera desentrañar este enigma, una reconciliación" (vol. 2, 532). Sin embargo, ante las terribles circunstancias sociales, históricas y económicas que las rodeaban, esta unión sólo puede darse en el mundo de las ideas: "Con la muerte de por medio, la una en la vida visible y la otra en la invisible, bien podría ser que las dos mujeres se miraran de orilla a orilla, con intención y deseos de darse un abrazo" (vol. 2, 532). Tristemente, ni el optimista Galdós pudo sustraerse de la devastadora influencia del ambiente en la vida de los seres humanos.

En el libro de Stephen Gilman, *Galdós and the Art of the European Novel* (1981),¹² aparece una breve referencia de un par de páginas sobre la importancia de Jacinta en la consciencia de Fortunata. Para ser un aspecto tan importante, Gilman no le dedica demasiada atención, aunque apunta a ello tres veces. Primero señala: "It should be added immediatly, however, that Jacinta's jealousy and apprehension are less of a burden than Fortunata's admiration and insecurity" (335). Si bien es cierto que Fortunata se encuentra en la consciencia de los personajes en el primer libro a pesar de su ausencia, Jacinta está en la consciencia de su rival a través de toda la novela e incluso antes de conocerla: "Ni la conocía ni vio nunca su retrato; pero de tanto pensar en ella había

¹¹ En cuanto a Fortunata, resulta verdaderamente triste que su muerte pasara inadvertida para Juanito.

¹² Gilman, Stephen. *Galdós and the Art of the European Novel*. New Jersey, Princeton University Press, 1981.

llegado a formarse una imagen que, ante la realidad, resultó completamente mentirosa” (vol. I, 624). La primera impresión de Fortunata acerca de Jacinta es tan impactante que vale la pena copiarla por extenso:

La impresión moral que recibió la samaritana era tan compleja, que ella misma no se daba cuenta de lo que sentía. [...] Era un deseo ardentísimo de parecerse a Jacinta, de ser como ella, de tener su aire, su *aquel* de dulzura y señorío. Porque de cuantas damas vio aquel día, ninguna le pareció a Fortunata tan señora como la de Santa Cruz, ninguna tenía tan impresa en el rostro y en los ademanes la decencia. De modo que si le propusieran a la prójima, en aquel momento, transmigrar al cuerpo de otra persona, sin vacilar y a ojos cerrados habría dicho que quería ser Jacinta. (vol. I, 625)

Incluso, el narrador se percató de la admiración de Fortunata por su rival y, a la manera garcilasiana, afirma que, “se le quedó, aquella simpática imagen vivamente estampada en la memoria” (vol. 625). Además, el proceso de crecimiento y transformación de Fortunata se debe a la existencia de Jacinta: “It is the being and existence of her rival that makes her wonder if ‘su lenguaje no sería bastante fino’ and that stimulate that continuity of meditation and worry about herself that is essential to the growth of her consciousness” (335-336). El encuentro de Fortunata con Jacinta representa para ella una especie de nacimiento a la civilización. Por primera vez, la joven se detiene a pensar no sólo en su apariencia física sino también en sus conductas que son, a fin de cuentas, construcciones sociales. Por otro lado, el llamado proceso de ‘angelización’ de Fortunata se debe principalmente a su anhelo de equipararse con Jacinta: “And as long as there is one person who can be trusted, one exemplary being, the notion that any individual (even as adulteress) can aspire to worth (‘honradez’) is conceivable. Jacinta in a sense is the Amadís of Fortunata’s ‘incitation’” (337).

Si se hila más fino sobre la argumentación de Gilman, se podría asediar a las protagonistas de la novela desde el punto de vista del problema del doble. Mercedes López-Baralt, en su artículo “Galdós y Dostoievski: una mirada intertextual al problema del doble”,¹³ ha argumentado el profundo interés de Galdós por este aspecto, enfocándose en realizar un estudio comparatista entre las novelas *La incógnita* y *Realidad* del autor canario y *El idiota* de Dostoievski. Conviene mencionar que la investigadora admite que, probablemente, este interés común sea, en principio, el resultado de la influencia de Cervantes (don Quijote/Sancho) en ambos novelistas decimonónicos. Tanto Dostoievski como Galdós, con sus finos olfatos psicológicos, reconocen que el individuo es un ser complejo compuesto de dos partes insustituibles e inseparables: luz y oscuridad, cuerpo y alma, cuya unión permite una especie de equilibrio. Así los abrazos finales de Myshkin/Rogozhin y Orozco/Federico representan, entre otras cosas,

¹³ López-Baralt, Mercedes. “Galdós y Dostoievski: Una mirada intertextual al problema del doble”. *Revista de Estudios Hispánicos*, 24.1, 1997; pp. 47-66.

una metáfora de "que el ser humano no está completo si no se acepta en su condición dual de luz y sombra: Myshkin reconoce en Rogozhin su parte oscura tan auténticamente suya como la luminosa, por eso lo abraza, y al hacerlo, asume su paradójica plenitud" (63). En el caso de las mujeres, el análisis de López-Baralt hace pensar que el problema del doble desarrollado por Galdós adquiere una mayor complejidad, ya que a diferencia de los 'dobles' masculinos, los femeninos no representan una coincidencia exacta de opuestos ni se encuentran regidos por prejuicios ni estereotipos: Augusta, la dama burguesa, se encuentra más relacionada a la parte corporal del ser humano, mientras que La Peri, la prostituta, encarna valores de mayor trascendencia espiritual. López-Baralt coincide con otros críticos en que la noción del doble femenino se desarrolla en otras novelas galdosianas como es el caso que nos ocupa en este estudio: *Fortunata y Jacinta*. Como Grúshenka y Katia, Augusta y La Peri, Anastasia y Aglaia, las mujeres de Juanito Santa Cruz representan cada una un aspecto de la humanidad que se reconcilia con el abrazo final: "Grúshenka y Katia representan como, Fortunata y Jacinta, la naturaleza y la sociedad o la materia y el espíritu, y se hermanan en el amor del hombre" (65). Finalmente, cabe destacar que el problema del doble ha sido una preocupación constante para los artistas de las más variadas culturas y épocas históricas como, por ejemplo, "El almuerzo en la hierba" de Manet, señalado por López-Baralt, "Las dos Fridas" de Frida Kalho, el poema "A Julia de Burgos" de Julia de Burgos, y "Borges y yo" de Jorge Luis Borges, entre otros. Incluso, como señala Julia Kristeva, y la cita López-Baralt, la obsesión por el doble es un rasgo propio de la novela moderna, que autores como Galdós y Dostoievski han llevado a sus máximas consecuencias.

Aunque la avasallante personalidad de Fortunata es uno de los rasgos más sobresalientes de la novela, no es menos cierto que la de Jacinta, sin poseer tanta fuerza dramática, tiene una importancia decisiva para la transformación de su rival, como lo había apuntado Gilman. Sherman Eoff, en su artículo "The Treatment of Individual Personality in *Fortunata y Jacinta*",¹⁴ confirma este argumento al poner de manifiesto que, a pesar de que los encuentros entre ambas mujeres son escasos, la esposa de Juanito es la principal influencia de la amante, ya que le provee inconscientemente un fuerte incentivo competitivo de alcanzar respetabilidad social (271). Eoff llega más lejos al afirmar que la necesidad de igualarse con Jacinta se convierte en la única manera de que Fortunata satisfaga su respeto propio (272). El encuentro con Jacinta puso de manifiesto en Fortunata su evidente inferioridad moral y social, brindándole así mismo la fortaleza necesaria para llevar a cabo una importante búsqueda de su valor intrínseco. Ante esta necesidad, Fortunata descubre ciertas cosas de sí

¹⁴ Eoff, Sherman. "The Treatment of Individual Personality in *Fortunata y Jacinta*", *Hispanic Review*, XVII, 1949; pp. 269-89.

misma en las que anteriormente ni siquiera se había fijado: su superioridad en términos de belleza física y su fertilidad. Por otro lado, su honestidad, tal vez una de las virtudes más hermosas de Fortunata, le permite no sólo admirar las cualidades de su rival, sino también desear imitarlas. Posteriormente, el nacimiento del hijo de Fortunata y la golpiza que le propina a Aurora terminan por convertir la rivalidad de ambas mujeres en una especie de competencia amistosa. Especialmente, la traición de Aurora produce en Fortunata un sentimiento de consolación mutua con Jacinta y su ataque físico a ésta, es la respuesta a su intento por defender la 'posesión' que las hermana: Juanito. Eoff asegura que, en este momento de la novela, "The level of her self-respect has now risen beyond the defensive stage of an inferiority complex to a stage of magnanimity in competition" (274). Ahora Fortunata se siente plenamente lista para alcanzar lo que ella considera su último nivel de equidad con su rival, la santidad.¹⁵

Si se aplica la noción del doble en esta novela, se puede llegar a interesantes conclusiones no sólo acerca de uno de los pilares estructurales de la novela, que es justamente esta relación entre las dos protagonistas, relacionada con las simetrías textuales señaladas por Gilman, sino también acerca de las impresionantes dotes de psicólogo de Galdós. El autor canario, buen conocedor de la mentalidad femenina, se lanza a la tarea de describirla en toda su maravillosa y terrible complejidad, no exenta de paradojas y antítesis. Fortunata y Jacinta no pueden ser mujeres, en apariencia, más disímiles, pero justamente estas diferencias hacen que una sea el complemento de la otra y juntas representen una especie de metáfora de la psique femenina, que se materializa con el abrazo final, que se encontraba ya prefigurado en la inclusión que representa la 'y' presente en el título: *Fortunata y Jacinta*. Como diría Moreno-Isla: "...hay estos dualismos en el corazón humano" (vol. 2, 346). En ellas, como en toda mujer, se oponen conceptos como el cuerpo y el alma, la naturaleza y la sociedad, la fertilidad y la esterilidad,¹⁶ el eros y el tánatos, entre otros. Del mismo modo, se establece la interesante oposición entre realidad e imaginación, ya que si se recuerda la inserción de Jacinta en la novela, se dice que ella estaba llamada a grandes cosas, pero en el mundo de la imaginación, mientras que Fortunata siempre llevaba a cabo lo que le salía de 'entre sí'. Sin embargo, estas diferencias son, a fin de cuentas, relativas o aparentes. De igual manera, las dos comparten importantes similitudes que, aunque menos manifiestas, no por eso, menos significativas: la inferioridad social y económica que les confiere su condición de mujer, la enorme capacidad amorosa, la aguda intuición, la lealtad al indigno amante, la fortaleza en la adversidad, la solidaridad... Entre

¹⁵ Como dato curioso, si bien Eoff lleva a cabo todo este análisis de la importancia de Jacinta en la transformación moral de Fortunata, considera que los protagonistas de la novela son Fortunata y Maximiliano, dejando a un lado a Jacinta.

¹⁶ Si se acepta que Jacinta es realmente estéril.

ellas abundan las similitudes, las diferencias, las paradojas y las antítesis y, por supuesto, es necesario que sea así, ya que en Galdós, como en Cervantes, nada es absoluto.

Sylma García González
Universidad de Puerto Rico